



PEDRO GONZALEZ PACHECO

LEGION DE
INFANTERIA DE MARINA
PUBLICACIONES HISTORICAS

Colección Monografías





CAPITAN DE CORBETA IM SR. PEDRO GONZALEZ PACHECO
(Q.E.P.D.)
(1922 - 1961)

La interesante biografía de este distinguido oficial del Cuerpo de Infantería de Marina se ha elaborado con un propósito de reconocimiento a su fecunda labor y para destacar una figura histórica que es un prestigio para la Armada de Chile en general y la Infantería de Marina en particular.

Su compleja personalidad se presenta en cuatro facetas distintas, sin pretender descomponer su indisoluble y relevante unidad, sino como un recurso expositivo que permita aquilatar en todo su valor la rica variedad de atributos, sentimientos y valores que conforman su descollante estatura intelectual y su honda calidad humana. Ellas son: el hombre, el oficial, el maestro y el escritor.

El Hombre

Pedro González Pacheco nació en Curanilahue, provincia de Arauco, el 3 de Agosto de 1922. Por ancestros descendía de los viejos troncos españoles y por entorno tuvo el recio paisaje de la Frontera, pleno de herencias heroicas de bravos peninsulares e indómitos araucanos.

Su vida familiar siempre tuvo la cohesión que imprimen el austero y esforzado estilo campesino y el acendrado amor filial, que sus padres supieron alimentar con su digno ascendiente moral y su ejemplar culto a las tradiciones del campo chileno.

Se educó, junto a sus otros dos hermanos y su hermana, en la sobria vida rural de esa comarca; asistió a la escuela en el histórico pueblo de Cañete y culminó sus estudios secundarios en el prestigioso Liceo de Hombres de Concepción, plaza fuerte y capital militar del Reyno de Chile, llena de abolengos castrenses y plena también de inquietas juventudes moldeadas por el egregio lema de su Universidad: “Por el desarrollo libre del espíritu”.

En esa misma noble ciudad ingreso a la afamada Universidad, optando por la carrera de Pedagogía en Castellano. Fue en esas bullentes aulas donde sació sus irrefrenables ansias de conocimiento y formación académica y ahí también, donde caviló sobre la insólita oportunidad de expandir sus vivencias y experiencias hacia el ámbito romántico del mar, bajo el alero de la Marina, atracciones ambas que su espíritu caballeresco no pudo resistir. Es así como a principios del 1943 postula en el concurso de admisión para Cadetes de Defensa de Costa de la Armada Nacional.

Este brusco viraje en el curso de su vida refleja su generoso espíritu de servicio y su inmenso afán de lograr una formación integral que satisficiera su polifacética personalidad.

Desde este momento pospone sus inquietudes literarias y pedagógicas para entregarse por entero a su formación profesional como Oficial de Marina, con ese avasallador entusiasmo que es tan propio de quien va realizando progresivamente una aspiración íntimamente irresistible.

A partir de su graduación como Guardiamarina inicia su duro entrenamiento en las lides del servicio naval, descubriendo que en el ámbito de sus responsabilidades como Oficial y conductor de hombres se perfila una armoniosa síntesis de sus grandes afanes: merecer la grandeza del rango de Oficial al servicio de la Patria, y practicar la honrosa misión de educador de juventudes. Esta gozosa percepción alentó por lustros su paso por la Armada y reforzó en su animo su natural predisposición al cultivo de las ciencias y técnicas de la educación, reafirmando de paso su innata condición de maestro de sus subordinados y de líder cultural entre sus pares.

Su vida personal no solo era de una gran riqueza espiritual en la que destacaba su brillo intelectual, sino que en lo sentimental vivía muy intensamente. Tal ansia de vivir, prodigándose en el deber, en los estudios, en la amistad y en los afectos, lo acompañó siempre hasta el prematuro fin de su corta vida. Tal vez por ello era muy proclive a dormir brevemente cuando la ocasión lo permitía y lo hacía con tanta naturalidad y casi infantil despreocupación que sus más próximos no podían dejar de mirarle con cierto dejo de complicidad; a la larga se convertiría en un signo de su simpático carácter desenvuelto y desinhibido.

Llegado el tiempo, sin prisa ni tardanza, formó su propia familia; su gentil esposa supo darle no solo siete hijos, el menor de los cuales no llegó a conocer a su padre, sino que le

acompañó con su gran sensibilidad artística y su fino ingenio en sus continuas andanzas literarias y sus frecuentes vigiliias de estudio.

Cultivó la amistad con verdadera unción y sus amigos formaron ingente legión, tanto entre sus compañeros de armas- como Cadete fue elegido como Mejor Compañero- como entre colegas pedagogos y alumnos integrantes de su numeroso universo discipular. Tenía una afinidad especial para acomodarse a las personalidades más diversas, sin por eso subordinarse a ellas, pues siempre mantuvo con mucho señorío su independencia de criterio y la alta valoración de su propio juicio.

En el transcurso de su existencia, con todas las calmas y los sobresaltos a lo que su avidez existencial lo exponía, no solo se apegó a sus preferencias básicas de Oficial de Marina y profesor, sino que fue progresivamente desarrollando sus dotes literarias, llegando a producir verdaderas páginas de oro que hoy cobran especial brillo por la calidad de su prosa y la profundidad de su contenido, sorprendentemente vigente. Su afición literaria fue precoz y muy seria; no la dejó fluir sin control ni medida, sino que la orientó hacia el estudio y la lectura de los clásicos y exponentes señeros de las letras castellanas. Solo entonces, combinando la creación con la crítica, elabora sus escritos que deslumbran por la armonía estructural de sus ponencias, la belleza de sus metáforas, la claridad inequívoca de sus análisis y el vigor solemne de sus homenajes.

Presionado por situaciones teñidas de prosaico apremio económico, que afectaban el más libre empleo de sus capacidades y le limitaban el libre vuelo de su espíritu creativo, postula a una destinación a la Antártica, considerándola una solución a la vez ventajosa y digna. Al poco tiempo es transbordado a la Base Naval “Arturo Prat”, como su Comandante. Su espíritu profesional se realiza al asumir dicho cargo de tan alta responsabilidad de mando y de trascendencia nacional, y su voluntad se afana para servirlo con éxito, decoro y agrado, alimentando la esperanza de practicar con su selecta dotación sus habilidades pedagógicas y disponer de momentos de reflexión para cultivar con ahínco el difícil contrapunto de una sutil introversión mental y una fluida extraversión literaria.

A todas luces, una inteligente solución que satisfacía sus responsabilidades como jefe de familia y sus legítimas aspiraciones de marino, maestro y escritor.

Pero el destino troncha su vida el 9 de Abril de 1961, a los 38 años de edad, terminando prematura y trágicamente una joven existencia colmada de esfuerzos, de méritos, de éxitos y de frustraciones, pero que, por sobre todo, se abría plena de expectativas que ya tenían firme base para cumplirse y solo esperaban para hacerse realidad, que se mantuviera incesante el lento flujo del tiempo. Tan simple requerimiento, infortunadamente no se cumplió.

Pedro González Pacheco fue una figura realmente excepcional que tuvo la particularidad de manifestar en plenitud facetas muy distintas – aunque complementarias- de su vigorosa personalidad, y supo equilibrar todos sus atributos y conciliar sus variadas percepciones, sin desconocer ni ocultar sus humanas imperfecciones, pero respetando siempre sus valiosas convicciones.

Fue sencillo, distinguido y altivo; orgulloso de sí mismo, de su estirpe, de su tierra y de su Patria; cordial con sus compañeros y con sus subalternos; bondadoso con sus colegas y sus alumnos; deferente y franco con sus jefes; amante de su hogar; analítico y crítico de las estructuras inadecuadas y de los métodos anacrónicos, para cuya corrección puso toda su sapiencia e influencia; colaborador incansable y entusiasta promotor de modernizaciones; apasionado como pocos; romántico como ningún otro; idealista como el que más.

Fue valiente, sensible y pródigo.

¡Fue todo un hombre!

El Oficial

Pedro González Pacheco se presentó al concurso de admisión al Curso Especial de Cadetes de Defensa de Costa en el puerto militar de Talcahuano, a comienzos de 1943, Simultáneamente se estaba desarrollando otro en Valparaíso y de los postulantes de ambos surgió un curso de dieciséis cadetes navales, once de los cuales, en un extraordinario esfuerzo de trece meses, lograron graduarse de Guardiamarinas el 16 de Junio de 1944, día Aniversario del Cuerpo denominado entonces de Defensa de Costa y actualmente, de Infantería de Marina.

Estos días de cadete fueron para Pedro González – al igual que para el resto de sus compañeros, todos jóvenes bachilleres, muchos de ellos alumnos universitarios – un verdadero crisol de formación naval- militar. A través de un intenso proceso de inculcación de los valores que constituyen el fondo y delimitan la forma de la carrera de Oficial de la Armada, se afinaron indeleblemente en su personalidad de hidalgo las virtudes y los cánones que definen tan nítidamente al Oficial Naval: honradez profesional para capacitarse y luego cumplir con su deber, respeto, por los valores patrios e institucionales, por las personas y las ideas de los jefes, los compañeros y los subordinados. Sin olvidar aquello de “ante todo un caballero”.

Paralelamente. Cumpliendo el duro aprendizaje del servicio en el Cuerpo de Defensa de Costa, adquirió las habilidades artilleras y de Infantería de Marina, para conducir a estas tropas de selección y tradición que acogen en su estilo de vida lo mejor de la conducta naval y lo mas exigente del comportamiento militar.

Tras un breve período como alumno en curso de instrucción a bordo del crucero “Chacabuco”, es transbordado al Regimiento DC N° 3 “Almirante Condell” con sede en Valparaíso, al que pertenece durante dos años, los que fueron de gran importancia para su formación profesional. Posteriormente es destinado al Grupo de Artillería Antiaérea N° 16 en Viña del Mar, en el que enriquece su experiencia en unidades de relativa modernidad.

Dos años después, en 1949, es autorizado para proseguir sus estudios en pedagogía, suspendidos al ingresar a la Armada y , en 1951, obtenido ya el título de Profesor de Estado

en Castellano, vuelve al Grupo AA (M.) N° 16 para desempeñarse como Comandante de Batería, requisito reglamentario para su ascenso al grado superior.

Cumplido tal cometido es destinado como Oficial Instructor a la Escuela Naval “A. Prat”, cargo que desempeña con acierto y brillo durante tres fecundos años, adquiriendo un prestigio singular entre Oficiales y Cadetes, por sus dotes personales, profesionales, intelectuales y artísticas.

Estos años le plantean una seria situación profesional. Por sus estudios pedagógicos se le había otorgado en 1952 el título de Especialista en Instrucción y, posteriormente, el de Técnico en Educación, condición que lo marginaba del curso normal de una carrera como Oficial de Armas y las correspondientes distinciones y responsabilidades del mando militar. Ante esta circunstancia, ascendido desde 1953 a Teniente 1°, su espíritu profesional se siente frustrado y plantea la situación de no ser considerado técnico sino continuar su carrera normal. En 1954 logra, al menos momentáneamente, que se regularice su situación y es así como se deroga el decreto respectivo.

Al año siguiente es destinado a la Escuela de Defensa de Costa para efectuar el entonces llamado Curso Regular, exigible para un posterior ascenso y permanencia en el servicio de armas y de mando. Sin embargo, luego de un semestre y antes de terminar el curso, debe finalmente aceptar la beca que su propia excelencia académica había conquistado durante sus estudios en el Instituto Pedagógico y parte a España para perfeccionar sus estudios en educación. Estudia por más de un año en la Universidad de Madrid y en el Instituto Psicotécnico de Barcelona, regresando a Chile a fines de 1956, no sin antes permanecer embarcado en el Buque Escuela “Esmeralda” durante su periplo por el Mediterráneo.

Vuelto al país. Es destinado como Instructor en la Escuela de Defensa de Costa y, al año siguiente, es transbordado con iguales funciones a la Escuela Naval “Arturo Prat”. En 1959 cumple transbordo a la Dirección de Instrucción de la Armada, donde se desempeña por año y medio, cumpliendo en dicho lapso una comisión de estudio a la Escuela Naval Norteamericana de Anápolis.

Su infatigable tesón por desempeñar puestos de mando militar, junto con otros factores, le llevan a postular al cargo de Comandante de la Base Naval “Arturo Prat” en la Antártica, el que le es asignado para el año 1961 y el que asume el 26 de Diciembre de 1960, junto con el de Gobernador Marítimo del Territorio Antártico.

Es en estas circunstancias que su invariable celo por cumplir cabalmente sus funciones profesionales y de mando le llevan a efectuar una tarea de cierto riesgo que estimó indispensable ejecutar por sí mismo dado su carácter evaluativo, produciéndose la caída que, al despeñarlo por un ventisquero, le causó la muerte.

Su corta carrera de Oficial de Infantería de Marina de la Armada de Chile había concluido junto con su vida, haciéndose acreedor a la respetable distinción de muerto en acto del servicio. Su espíritu profesional de Oficial de Armas que tanto le costara mantener activo frente al desafío constante de un desempeño técnico que tan múltiples satisfacciones le

causara, fue determinante para este cruel desenlace, reafirmando en forma rotunda la firmeza de su ineludible vocación de marino.

El Cuerpo de Infantería de Marina tiene en la vocación del Capitán de Corbeta Don Pedro González Pacheco al arquetipo de las motivaciones profundas que deben sostener el perfeccionamiento y desempeño de sus Oficiales, pues ella demuestra, que los valores que hemos heredado de la historia, reverdecidos de continuo por la estatura espiritual de cada fiel Infante de Marina, son los que mantendrán por tiempo sin medida y aún a costa del precio de la propia vida, la solidez moral y profesional del Cuerpo y de la Armada, puestos ambos al servicio de los altos intereses de la Patria.

Para mejor entender el sentido de su vida y de su muerte, nada mejor que recordar el vibrante mensaje que nos dejara en el texto de su valiosa monografía de la Escuela Naval, en sus páginas finales, cuando hace lo que él llama el elogio del marino.

“Su personalidad es indiscutible; pero discutida. Revela su presencia por su presencia misma. Caballero en el alto y mejor sentido de la palabra. Por sobre todos, prima su aristocracia de alma, capaz del valor y del derecho. Parco en la recepción; generoso en la ofrenda. La vanidad la miró desde lejos y fue mármol su corazón para la envidia. El lenguaje preciso de los números dio a su razonamiento la fuerza de la lógica matemática. Su amistad es limpia y dilatada como superficie de mar tranquila. Y como la mar, honda y rica en tesoros inesperados.

El honor es su culto; su religión, el deber. Jamás su afán oscila como brújula loca; un solo cardinal lo solicita: SERVIR A CHILE

El árbol gigantesco del pasado arraiga en su corazón y derrama en sus venas la savia inspiradora de la historia. Así se purifica de continuo su anhelo de perfeccionamiento con el rescoldo ígneo de la virtudes pretéritas. Por eso, guía cuando enseña y su voz tiene eco si habla.

Por nobleza de oficio, no le preocupa el favor de la multitud y repudia la gloria barata. Y por que sabe el sublime ideal que sostiene su espada y conoce su fuerte privilegio, no ha de blandirla con ambición villana.

Es modesto sin que su modestia alcance a eclipsar su valor, del que nunca duda. Fía en sí, cuando ordena, cuando obedece o cuando en la alta y solitaria noche habla con las estrellas acerca de su rumbo o interroga sereno los signos del zodiaco.

No acepta ni practica arbitrariedades. La subordinación y el mando en él se corporizan sin perder su esencia trascendente.

Posee la calma voluntaria, que es atributo imprescindible de los que mandan. No obstante, actúa con rapidez; nunca con ligereza. Tiene la iniciativa pronta y oportuna.

En su tono no cabe dureza de grito; pero sí, claro e imperativo. Su palabra entusiasma; su gesto arrastra

Si su epidermis se curtió a la recia caricia de los vientos salinos, su alma se templó en el sacrificio y la disciplina, elegidos como normas de vida.

Aprendió a dominar y a dominarse. Y supo exprimir de las uvas amargas de las vicisitudes una lección de entereza. Así cuando el mundo se ofusque a su alrededor, estará firme como cuando el mar desata sus lenguas bramadoras contra el filo airoso de la proa. No le arredra la incomprensión o la malevolencia; le basta la seguridad en la grandeza de la causa. Abandona las filas de la Armada si no puede servirla con lealtad e hidalguía, y para él, no hay, ni estima un sacrificio de amor alguno en su actitud. Simplemente contribuye con todo lo suyo al ideal que mas le atrae y exista. Y en laborar para la Institución que quiere, encuentra su satisfacción y su premio.

Tal es la recia estampa espiritual que se yergue en las cubierta de nuestras naves de guerra y en los solares que inicia el simbólico torreón de la Defensa de Costa. Y es aquí donde ejerce su oficio con la altura y nobleza de un antiguo castellano”.

El Maestro

La profunda vocación de maestro quizás surge en Pedro González Pacheco en los primeros años de su vida, dada su condición de primogénito de sus hermanos a los cuales debió acompañar y cuidar en sus continuos viajes cotidianos, a pie o a caballo, hasta la lejana escuela de sus primeras letras. Seguramente la colaboración a sus hermanos en el cumplimiento de sus tareas escolares y en la aclaración de dudas y reafirmación de conceptos, reafirmaron aún más su predisposición natural a la enseñanza y dejaron honda huella en su personalidad.

Es por eso que, a medida que avanza en sus estudios primarios y secundarios, va uniendo a su condición de alumno la de novel inspector pedagógico, evidenciando así su fecunda levadura de preceptor.

Tal vez por lo mismo, cuando, rendido su bachillerato, debe optar por una carrera profesional, no duda en matricularse en el Pedagógico de la Universidad de Concepción y elegir la especialidad de Castellano, lengua que ejercía sobre él una atracción que iba mas allá de lo meramente literario para enraizarse en su entrañable afecto por todos los valores hispanos.

En su aproximación académica a tales estudios avanzados, se realiza plenamente y se nutre ideológica y sentimentalmente del carácter señorial, y popular a la vez, de los grandes personajes de la prosa y poesía castellanas.

Su decidida voluntad de servicio no tarda en evidenciarse en su incorporación a las organizaciones estudiantiles, ejerciendo en ellas cargos de conducción y liderazgo. Así,

poco a poco, se van combinando en su vida ya estrechamente imbricados para siempre, su predisposición a enseñar, transmitiendo sus conocimientos, y su afán de adalid, predicando con su ejemplo.

Es en este período que, al conjuro del espíritu de los grandes próceres del universo español, se alza con irresistible fuerza su anhelo de integrarse, como una íntima realización personal, a la profesión de la armas, cuya honrosa misión y rigurosos cánones de conducta, se asemejan mas que ninguna otra a la estricta disciplina de una orden de caballería o de un tercio español, ámbitos propios de la mas ilustre hidalguía peninsular.

Esta vigilia de armas, que fue el período de Cadete y Oficial Subalterno, reafirmaron su confianza en el valor de la educación como herramienta esencial e insustituible de la formación de cada persona. Esta realidad objetiva y el conocimiento y admiración por señeros héroes navales proclives a prácticas educacionales, reaviva su espíritu pedagógico y desde la firme solidez de su personalidad castrense, despliega nuevamente sus pendones docentes que lo guían hacia la culminación de sus estudios universitarios, en cuya demanda descuella por la profundidad de sus aportes y la riqueza de su expresión literaria.

Es así como termina sus estudios en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, presentando como tesis para optar al título de Profesor de Estado con mención en Castellano, el estudio “Presencia de España en tres novelas americanas”.

Aún cuando luego vuelve al servicio de la Armada, ya lo hace con especial dedicación al esfuerzo educacional de su Institución, sin querer con ello, no obstante, quemar las naves como Oficial de Armas con ejercicio de mando militar. La calidad de su esfuerzo como alumno en sus estudios de grado, le hace acreedor a una beca de post-grado que le permite postular a un doctorado en ciencias de la educación en la prestigiosa Universidad de Madrid y en el Instituto Psicotécnico de Barcelona, superando con creces todas sus ardientes aspiraciones de perfeccionamiento como docente.

Es en esta calidad como consumado maestro que se vuelca intensamente en las actividades de asesoramiento educacional en el seno de la Armada, extendiendo sus aportes hacia ámbitos extra-institucionales, como la Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, sede Valparaíso.

Este cúmulo de actividades docentes en la Armada, y en aulas universitarias va evidenciando un creciente dominio, teórico y de las ciencias pedagógicas, todo lo cual incrementa su prestigio profesional como educador preparado y estudioso y su crédito personal como maestro dedicado y carismático.

Prueba irrefutable de lo anterior son los juicios que emitieron sus colegas y alumnos universitarios al rendirle un homenaje póstumo, de los cuales transcribimos algunos párrafos.

Dijo la Directora de la Escuela de Servicio Social, Sra. Aura Rojas Madariaga.

“La eficiencia de su preparación, la serenidad de su espíritu, la rectitud de sus actos, la grandeza de sus ideales, la poesía de sus palabras y la gran comprensión que tuvo de nuestra profesión, crearon entre él y la Escuela toda, vínculos afectivos especiales.

Logró, nuestro querido profesor, a una edad muy temprana, un merecido prestigio como profesor y marino. Tuvo el acierto de lograr en sí la realización armónica de su alma de maestro, que sentía y vibraba como tal, con el espíritu del marino, correctísimo, disciplinado, con hondo sentido patriótico. También como hombre, estaba a los 38 años, en la plenitud de la vida; disfrutando de un bello hogar, pleno de ternura y afectos.

Al colocar su rostro y su nombre en esta sala de clases, el recuerdo de nuestro profesor quedará unido a la historia de nuestra Escuela. Cada año, cuando nuevos cursos se incorporen a estas aulas y se mire su retrato, nos parecerá escuchar su voz y las poéticas frases que dijera en uno de sus discursos de recepción al alumnado del Primer Año “Porque nimba vuestra frente el ideal y en vuestros ojos hay energía capaz de transformar el mundo, en nombre de los Profesores de la Escuela de Servicio Social, mi corazón os dice: ¡BIENVENIDAS!”

Dijo la Srta. Sonia Castillo E. Presidente del Centro de Alumnos:

“Don Pedro González Pacheco, buscó incansablemente en sus días, en todos los caminos, el agua que saciara su sed de horizontes y de la belleza plena. Jamás plegó sus alas sedientas de altura ni se abatió ante las dificultades surgidas. Instaba a cada una de nosotras a emprender ese vuelo del espíritu, inconmensurable, que nos haría mas fuertes y mas íntegras: para ello su espíritu, lleno de comprensión al ideal universitario, estuvo siempre dispuesto y en actitud de servicio.

Supo hacerse apreciar y distinguir donde quiera que fuese, porque siempre llevó y puso muy en alto ese ingenio criollo, esa galanura, esa franqueza suave, sutil de aristas que adornan al chileno bien nacido, culto, y que trabaja por la mayor gloria, prestigio y progreso de la Patria.

Silenciada está su voz, quietas sus manos, en paz su corazón enorme y tumultuoso, pero su nombre perdurará en el recuerdo. Ya no camina sobre la tierra, sintiendo la necesidad de hurgar en las raíces profundas. Ahora ya conoce el misterio, aquel que mas de una vez golpeó en su sensibilidad extraordinaria. Cesó su ir inquieto tras la verdad, al desatarse para siempre las amarras de su ansiedad creadora.”

En la Armada, su huella como Maestro es imborrable. El notable progreso que hoy exhibe la Institución en esta área de su preparación integral, contó en sus inicios con la sabia asesoría y el incesante esfuerzo personal de Pedro González Pacheco. Una sala de clases en

la Escuela de Infantería de Marina en la cual fue profesor en varias oportunidades, lleva su nombre.

En el campo civil también fue un profesor destacado y se granjeó el afecto de cuantos aquilataron su valer profesional y personal. Por Decreto Supremo, lleva su nombre el Liceo de Quinta Normal en Santiago. Además, de este reconocimiento oficial, sus colegas, alumnos, padres y apoderados de la comuna, han erigido en la sede de dicho establecimiento educacional, un busto de bronce con su efigie, testimoniando así la adhesión y el recuerdo a su brillante desempeño como Maestro.

El Escritor

Desde su adolescencia, Pedro González Pacheco fue un gran lector y aficionado a la composición literaria. Especial predilección tenía por los autores españoles, tanto clásicos como contemporáneos y fue asiduo concurrente de bibliotecas, seminarios y talleres de creación literaria. Se destacó por su espíritu de investigación bibliográfica y estudios comparados.

Luego de ampliar y profundizar sus conocimientos de literatura española a lo largo de sus estudios pedagógicos en Concepción y Santiago, presenta un Trabajo de Seminario para optar al título de Profesor de Estado con mención en castellano, sobre el tema: “Presencia de España en tres novelas americanas” en el que analiza las obras “La Gloria de Don Ramiro”, del argentino Enrique Larreta, “El Embrujo de Sevilla”, del uruguayo Carlos Reyes, y “Pasión y Muerte del Cura Deusto”, del chileno Augusto D’Halmar.

En dicho trabajo, su “confesión inicial” señala, por sí sola, su personalidad y su estilo:

“Las tres obras elegidas son como tres balcones a los que se asoma España. Descubrir de qué modo y manera muestra su perfil, es el propósito de éste trabajo. Pretendo lograrlo sin ayuda de otros libros, mirar con mis propios ojos y seguir las propias rutas.

Dilatada es la literatura sobre España. Plumas de dentro y de afuera han escrito largo y bello sobre esta tierra y nación particulares. Liberarse de todo ello es cosa harto difícil. Sin embargo, creo haber cumplido mi intención inicial: rastrear las tres obras en busca de España, iluminado solo por la fosforescencia de lecturas mas o menos lejanas. Me he violentado para no recurrir a la consulta de tantos valiosos libros sobre el tema. Si alguna vez caigo en la tentación y quebranto mi aislamiento, es por tan poco que bien puede excusarse la debilidad.

El merito de esta tarea – si algún merito tiene- está, pues, en espigar siguiendo caminos de mi elección, en otear erguido sobre mis pies”

Este extenso, documentado y ameno trabajo no solo le permitió obtener el título señalado, sino que, por intermedio del Instituto de Cultura Hispánica obtiene el prestigioso premio peninsular “Ramiro de Maeztu”.

Paralelamente, entrega su Memoria de Prueba para optar al mismo título de Profesor de Estado con mención en Castellano. Este otro trabajo es nada menos que una Monografía de la Escuela Naval de Chile, presentada bajo el título “Dos anclas bajo la estrella”. Su dedicatoria expresa: “A la Armada Nacional en cuyas filas sirvo, enamorado de su Historia y fervoroso creyente de su alta misión en el presente y en el porvenir de Chile”

Su preludeo es una llamarada de encendido espíritu naval:

“Surgió la luz sobre las anclas. Y era la luz de una estrella, la estrella solitaria de los mares de Chile. Era la pupila temblorosa de la Patria, que asomó a su destino cuando alboreaba la República. Era el dedo de Dios señalando la ruta.

Las anclas fueron dos y se cruzaron, como para agarrar mejor la amada tierra y mantener a ella unido este barco de esperanzas siempre tripulado de juventud y arrollado siempre por la eterna juventud del mar.

La Patria trabajó, tras las anclas, una pasión profunda y delicada. La estrella iluminó el corazón de los que se cobijaron bajo su mirada,. Y el amor y la luz los acompañaron al recorrer nuestros cuarenta y cinco grados de latitud, al alimentar el ojo parpadeante de los faros, al vigilar la abrupta costa donde el desierto refresca sus calcinados pies en el océano, al recontar las brumosas islas del archipiélago numeroso, al penetrar aquel mundo de blancura y de frío de la Antártida lejana .

Por que la estrella fulge sobre las dos anclas en el mástil de la Escuela Naval, Chile vive mas y mejor su almirantazgo austral”.

El desarrollo de dicha monografía va iluminando el recuento histórico con una descripción literaria que muchas veces maravilla. Baste solo señalar los títulos de algunos capítulos, “Viento de Augurio”, “El laurel crece en el mar”; “Ventiscas de reforma”; “Los lobeznos mudan de guarida”; “Las gaviotas encuentran un alero”. Ya hemos reproducido las vibrantes frases de “Elogio del marino”, que cierran dicha memoria. Sólo cabe transcribir su emocionada reflexión sobre el grandioso y multitudinario funeral en Valparaíso de los tripulantes de la “Lautaro” muertos en su incendio y hundimiento: “*Aquel día, el Puerto se quedó sin flores y sin lágrimas*”.

Los temas referidos a la hermosa historia naval de Chile siguen dando oportunidad a Pedro González Pacheco para estructurar verdaderas obras literarias destinadas a ser el mensaje electrificante que orientará para siempre a las nuevas generaciones, y, por extensión, a todos cuantos asisten a las emotivas ceremonias de graduación y otras del ceremonial naval. Cinco de tales conmovedoras alocuciones fueron publicadas en un texto consolidado denominado “Pentágono”, casi la única publicación de su dispersa producción literaria.

Revista de Marina publicó algunos de sus escritos, destacándose el que se refiere a la historia del su querido Cuerpo de Defensa de Costa, cuyas frases iniciales encantan por la irresistible fuerza de su metafórica expresión.

“Era el día lejano en que el español temblaba ante el grito de ¡Llegó Sharp a Penco!. La negra bandera del bajel corsario era como un relámpago de ominosos cuchillos en la oscuridad de la noche. Para calmar sus temores la manos intranquilas de los colonos intentaron fundir en Santiago de Nueva Extremadura, en 1578 unos cañones de bronce. Los alienta la esperanza de poner coto a las incursiones de la piratería inglesa. Pero todo fue en vano. Y los puertos indefensos fueron presa fácil de la audacia y rapacidad de Drake, Cavendish y otros cuyas aventuras al llegar a los oídos asombrados de la buena gente colonial la sobrecogía de espanto y de recelos.

Pero la amenaza de aquellas incursiones - espada esgrimida desde el mar sobre las poblaciones de la costa - hizo que la iniciativa, privada y gubernamental unieran sus esfuerzos para dar a Chile una cadena de baterías y castillos fortificados, extendida como cinturón de acero a lo largo de su extenso litoral.

Cuando en 1810 alboreó la Republica, existían baluartes para la defensa en Coquimbo, Valparaíso y Talcahuano. Y fue en uno de ellos- en la sala principal del Castillo de San José de Valparaíso - donde se reunieron las autoridades y vecinos mas prominentes para proclamar la Independencia Nacional.

Se diría que el destino eligió para ese juramento el mas noble sello y la mejor proclama: Las bocas ruidosas de los cañones de aquel fuerte. Por la artillería de costa supieron las anchurosas aguas del Pacifico la libertad de la Patria y la viril resolución de mantenerla.

Aún aleteaba ensoberbecido el cóndor triunfante en Maipú y estaba todavía tibia la mano del brazo legendario, cuando Don Bernardo O’Higgins firma el 16 de Junio de 1818 el Decreto que ordena la formación de la Infantería de Marina. Esto no era otra cosa que la constancia oficial de los inapreciables méritos ganados a través de la gesta emancipadora. Desde que los cañones del Castillo San José horadaron las brisas salinas pregonando la libertad, los artilleros, con tal nombre o el de Infantes de Marina, estuvieron en dondequiera que hubo lucha. A bordo del “Aguila”, la primera vela Nacional que hincharon los vientos del Pacifico, se embarcó aquella guarnición de 25 Soldados que habría de recibir el bautismo de fuego en el primer Combate Naval”

A través de la pluma de Pedro González Pacheco muchos han aprendido a amar a su Patria, a la Armada de Chile, y, sus marinos e infantes de marina han sabido reencontrarse en ella, orgullosos, con su esencia y su destino. El mérito de su obra literaria ha sorprendido a muchos otros, sobre todo civiles, quienes nunca esperaron encontrar tan hermosas frases sobre importantes temas de la vida naval, no siempre tratados con el vigoroso y genuino vocabulario español ni con tan poética sonoridad.

La realidad es que Pedro González Pacheco no cultivó poesía; sin embargo, su prosa era predominantemente poética y en ella surgen de continuo sorprendentes metáforas y giros lingüísticos de corte clásico y náutico, todo lo cual deleita a sus lectores sin llegar por cierto, a la conmovedora emoción de quienes tuvimos la inolvidable experiencia de ser auditores de su propia voz cuando declamaba prácticamente sus extensos escritos en aquellos hoy legendarios espectáculos ceremoniales de graduación, a campo abierto, ante miles de espectadores mudos de admiración.

Claro reflejo de esta particular habilidad de Pedro González Pacheco para provocar una honda consternación con el simple flujo de su elevada palabra, es la felicitación que el Sr. CJA, Almirante Don Carlos Torres Hevia dispusiera estampar en su Hoja de Vida, luego de presenciar la Revista anual de la Escuela Naval, a fines de 1951, cuyo texto señala:

“ Me es grato exteriorizar la satisfacción que me produjo el brillante y patriótico acto realizado el 15 del actual con motivo de la ceremonia de graduación de Guardiamarinas y entrega de premios de la Escuela Naval “Arturo Prat”, acto en el que se recordaron las Glorias de la Armada.

El bello e imponente espectáculo presenciado y la destacada actuación que en él le cupo al Teniente 2º DC Sr. Pedro González Pacheco, mueven a esta C.J.A. a felicitarlo.

Sírvase, en consecuencia, Us. Expresar al Teniente González los parabienes de esta Jefatura.

Saluda a Us.,”

Es así como Pedro González Pacheco, a pesar de su corta producción literaria, ha logrado convertirse en un clásico de las letras navales y su estilo grávido de recursos idiomáticos que traducen fielmente su incesante eclosión de ideas de alto vuelo, es ya un venero inagotable para quienes, desde su época, se han venido incorporando a la expresión escrita, particularmente en el ámbito del discurso conmemorativo.

Su obra de escritor se encuentra así viva, siendo éste el mejor homenaje que, sin pompa ni artificialidad, se le ha venido rindiendo de continuo, porque supo reforzar, con la claridad de sus textos, el interés naval por la expresión literaria en un estilo que logre ese delicado equilibrio y distinguida moderación que es el timbre de orgullo de todo marino. Es por eso que su estilo es de una dignidad dominante y se caracteriza por ser original sin emplear neologismos, sino mas bien rescatando lo clásico; por ser sobrio, sin ser opaco; por ser vibrante sin ser estruendoso, y por ser emotivo sin ser sensiblero.

Esta breve semblanza del insigne escritor que fue Pedro González Pacheco no hace sino presentar, en breves notas, la valía de su rica obra literaria en la que supo testimoniar, con señorío inimitable, sus vivencias de hombre, sus motivaciones de Oficial y sus reflexiones de Maestro.